

MÁSCARAS DE EUROPA

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Carmelo Lisón Tolosana

Las ideas que expongo son preguntas que me hago a mí mismo después de haber leído *Europa en la alternativa*; no hago alusión a *Identidad Europea. Valores europeos. Turquía* porque comparto el talante dubitativo de su autor y porque creo también que esa nación será admitida por decisión política cuando se decida estratégicamente que cumple los requisitos pertinentes. Y todas las interpe-laciones que me hago son metodológicas y por tanto lógico-semánticas, consideraciones radicales. Previas e iniciales a toda otra consideración política o de valor; me limito en estas líneas a apuntar meras notas conceptuales e inferenciales, y todo condensado en dos puntos sintéticos:

A) Al hablar o escribir de Europa aparece en cascada todo un repertorio de conceptos —comenzando por el mismísimo de Europa— como cultura, patrimonio, valor, tradición, identidad, etnicidad, nación, semejanza, diferencia, homogeneización, integración, raíces históricas, racionalismo, cristianismo, etc., que conforman un extraño corpus semánticamente marcado por la categoría lógica de *fuzzy set*, esto es, por conceptos con espacios de significado inmensamente abiertos, imprecisos y plurivalentes en exceso, inadmisiblemente ambiguos y por tanto manipulables. Requieren un cierre noemático mínimo —nunca será completo— para que puedan actuar al menos inicialmente como simples referentes exploratorios hermenéuticamente tolerables. Y esta vaguedad predominante es grave porque a pesar de su semántica plural e imprecisa esos conceptos elegidos y marcados diferentemente y organizados composicionalmente también de modo diferente por políticos, intelectuales y burócratas en Bruselas operan como epistemes o estructuras de pensamiento que producen ideas y normas y operan como paradigmas que pretenden imponer valores futuros europeos y política social común.

Todos estos conceptos actúan como definiciones-guía, pero todos sabemos también, que las definiciones de contenido limitan, son débiles y poco consistentes; es difícil precisar características nucleares o molares y separarlas netamente de las que nosotros creemos sólo marginales —precisamente nucleares para otros—, porque lo característico admite grados, asociaciones variadas, creencias e ideología y va mejor o peor, o es irrelevante, en y con diferentes períodos, instituciones, sociedades y culturas. ¿Cuáles son los criterios de relevancia de los conceptos clasificatorios elegidos? Los conceptos son estructuras de creencias y éstas exigen para comenzar un cheque en blanco. Nos enfrentamos por tanto, a una paradoja: los conceptos-clave que empleamos son excesivamente amplios, pero aunque los pretendamos cerrar encontraremos siempre en ellos y en el fondo, un talante selectivo, personal y acomodaticio.

Para mi uso particular encuentro que es epistemológicamente más fértil partir o bien de formas institucionales concretas y modos objetivos, pero teniendo en cuenta que están siempre en proceso, en movimiento cambiante, en metamorfosis sin fin, con valores unos periclitados y otros emergente, que pueden no sólo ser opuestos sino hasta antagónicos a los que les precedieron y de los que dimanar. Esta perspectiva exige discriminar y sopesar qué parte de su pasado se ha convertido en historia efectual, a lo Gadamer, y en este caso especificar sus radios de intensidad y extensión, y más importante, su valor presente como hagiografía, como ideología, como folklore, como tradición preciosista, como vivencia actuante, etc. El canon cultural que tiene necesariamente que partir de la existencia de más de cien lenguas y dialectos y de más de trescientos grupos étnicos es inmensamente frágil y variopinto como para que se pueda detectar un *pattern* común y permanente en la historia de Europa —el conocido concepto wittgensteineano *Familienähnlichkeiten* podría ser útil en esta empresa—. La racionalidad greco-europea es inseparable de la irracionalidad platónica y del neoplatonismo de Basilio de Cesarea, de Gregorio Nacianceno y Agustín de Hipona y, desde luego, de su contrapunto, muy importante, del romanticismo europeo; la Europa cristiana está vinculada a la Europa pagana de más de un milenio y a la Europa atea, escéptica, incrédula, indiferente, no practicante, musulmana, sectaria, quemadora de iglesias etc. Vale la pena leer a este respecto *The closing of the Western Mind* de C. Freeman.

O también y mejor, pensar Europa como una matriz ontológica configurada por un sistema de sucesivas aporías como uno/muchos, parte/todo, interior/exterior, unidad/diversidad, homogeneidad/diferencia y micro/macro, entre otras. Obviamente este enfoque aleja en principio los problemas del culturalismo, del esencialismo y del mito y pone de relieve primero, que las condiciones temporales de un momento histórico, aun prolongado, no definen necesariamente la condición permanente de Europa y que, segundo, en lo humano no hay un reper-

torio fijo de formas culturales específicas. Pero plantea, a su vez, en otro escenario, el problema de la creación de Europa, y lo plantea como empresa común y fascinante, nueva, que exige imaginar un proyecto político-discursivo europeo en sus líneas fundantes, dejando atrás conceptos inoperantes en sus versiones tradicionales o al menos transformándolos en una narrativa metacultural, metaidentitaria y metaeuropea.

Un segundo punto que me viene con frecuencia a la mente al leer las monografías relevantes sobre Europa es lo que se ha llamado la *ignorantia elenchí*, propia inevitablemente de todo principio selectivo, imprescindible, por otra parte —otra vez la paradoja— al hablar de Europa. La Europa aquí descrita es diferente de la de Schlegel, Fichte, Herder, Nietzsche, Schopenhauer, Cassirer, Husserl, Heidegger, Ortega, Morin, Valéry y Derrida e incluso de las también diferentes entre sí de Vives, el doctor Laguna, Valdés y Erasmo aunque partan de un tronco común. Todas estas y otras muchas narrativas prueban que no hay un modo objetivo y correcto de leer y conceptualizar la historia de Europa, que cada uno de ellos selecciona y construye su objeto desde posiciones previamente tomadas y que cada uno es más o menos atrayente retóricamente y según auditorio o lector. Europa es también la violenta y agresiva, la imagen que de ella tiene el Otro, el sometido y sacrificado, la Europa del colonialismo, destructora de culturas y aniquiladora de etnias hasta bien entrado el siglo xx; la que ha producido a Hitler, Stalin, Milosevic y a cien millones de víctimas en el siglo que acaba de terminar. En su interior se han incubado irracionales narrativas bélicas religiosas, antidemocráticas, totalitarismos intolerantes, el racismo racionalizado, la limpieza étnica, la quema de más de cincuenta mil «brujas» teológicamente fabricadas, la Inquisición, el Gulag, el pretendido exterminio de gitanos y judíos, la matanza de palestinos, etc. Los elementos irracionales, fuerzas ciegas, emociones y pasiones son también parte constitutiva de nuestro legado incluso reciente. Europa es también la Europa de la sofisticada irracionalidad, la del rechazo del otro y la de las víctimas; es también la faz del Mal, la de las muchas sombras que ennegrecen sus incuestionables logros. Todas estas dimensiones —y otras— no precisamente modélicas, son también Europa.

Europa es finalmente un exceso de significado, un significado flotante, con muchas caras, formas y colores, máscaras en definitiva; cada selección, legítima por otra parte, retóricamente y en principio, si se argumenta razonablemente, nos aporta piezas más o menos valiosas para componer un mosaico de conjunto desde el que podamos apreciar, sopesar y criticar las formulaciones parciales y personales de los otros. Sin éstas no logramos aquél. Pero no determinan la construcción de futuro de Europa, construcción que, dada la diversidad cultural y de creencia, parece lógico que sea política y jurídica.

